

LA ABSTRACCION Y LOS LIMITES DE LA IMAGINACION PARADIGMATICA

CLAUDIO GUTIERREZ
Universidad de Costa Rica

Llamaremos paradigmas científicos, siguiendo aproximadamente a T. S. Kuhn¹, a los marcos de interpretación dentro de los cuales y a partir de los cuales el material de experiencia adquiere su significación e importancia. Sostendremos, como premisa que no intentaremos probar, que dichos paradigmas dependen en análisis final de la subjetividad o poder de imaginación creadora del científico; veremos cómo esta premisa es capaz de iluminar muchos problemas epistemológicos. Su verosimilitud aumentará, esperamos, gracias a su capacidad de dar más coherencia a intentos de explicación en un campo considerable de problemas filosóficos.

Nuestro siguiente paso en la investigación consiste en distinguir entre dos tipos de subjetividad, que identificaremos como *subjetividad*₁ y *subjetividad*₂. Subjetividad₁ es una dimensión de la explicación, y corresponde a los propósitos del investigador, sus cánones y motivos, su pasión creadora. Subjetividad₂, en cambio, es una dimensión de lo explicado; corresponde al hecho de que, específicamente en las ciencias sociales, el objeto de investigación es gente, que tiene propósitos, conocimiento, deseos, pasiones, al igual que la persona del científico. Para estudiar dicho objeto el investigador tiene que postular la existencia de subjetividad (subjetividad₂) en la materia de estudio para hacer inteligibles las relaciones observadas.

A causa de la presencia de subjetividad₂, palabras como

¹ Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: The University Press, 1962).

“propósito”, “creencia”, “deseo”, “pasión”, etc., deben figurar en el vocabulario del científico social; esas palabras son indispensables para construir las hipótesis y teorías correspondientes. Podemos considerar a esos términos como *términos teóricos*, como por ejemplo el término “fuerza” se considera en las ciencias físicas; “propósito” y “fuerza” tienen de común que ninguno de los dos términos es una descripción directa de datos sensoriales: ambos son más bien una parte integral de los paradigmas interpretativos. Esta reducción del elemento subjetivo propio de las ciencias sociales a la terminología teórica puede emprenderse con un propósito fisicalista; de hecho, autores positivistas suelen hacer la reducción con tal intención. No obstante, es tesis del presente autor que la reducción podría alternativamente intentarse en la otra dirección, aunque simplemente con un propósito dialéctico: mostrar cómo el recurso de introducir términos teóricos es neutro con respecto a la polémica entre fisicalistas y no-reduccionistas.

Si tomamos subjetividad₂ como un caso de introducción de vocabulario teórico en nuestros enunciados científicos, es cierto, como lo pretende el fisicalista, que la diferencia entre las ciencias sociales y las ciencias físicas aparece menos dramática. Ambos tipos de disciplinas tienen entonces que lidiar con un contenido —recogido en los términos teóricos— que la intuición empírica no comprende, que no es, por así decir, empíricamente transparente. Ambos tipos de disciplinas tratan ese contenido que no comprenden empíricamente aproximadamente de la misma manera: mediante los procedimientos de reglas de correspondencia, deducción y verificación, aplicados con rigor formal idéntico para los términos teóricos que para los términos empíricos. Pero precisamente esa identificación de, digamos, “propósito” y “fuerza” en los predios de la terminología teórica nos permite suponer que si “propósito” es una formalización de subjetividad₂, “fuerza” también lo es. Ya Maine de Biran nos decía que el sentimiento íntimo de la causa o fuerza productora del movimiento es el yo que se iden-

tifica con su esfuerzo, por ejemplo en la contracción muscular.² Así pues, siendo los procedimientos ligados al uso de esos términos formalmente homólogos, ellos podrán diferir únicamente desde el punto de vista material; más concretamente, desde el punto de vista de su empleo heurístico. Pero incluso en este campo podemos mostrar que “fuerza” y “propósito” son también homólogos. Esto nos lleva al tercer paso de nuestro argumento.

El metodólogo puede tomar una de dos distintas vías para atacar el problema de los términos teóricos. Estos dos enfoques quedan bien ejemplificados con las siguientes citas:

We never succeed entirely in eliminating consciousness from our ideas of material things... We interpret the behavior of the most material thing by to some degree putting ourselves in its place...³

To say that it is often convenient to use the term “purpose” in social science means no more and no less than to say that it is often convenient to use the term “force” in physics... Propositions about “purposes” and “desires” do permit... predictions and tests, and hence are not different from propositions in the natural sciences.⁴

Podríamos decir que el último texto explica “propósito” como una especie de “fuerza”, mientras que el primero explica “fuerza” como una especie de “propósito”. Así, creemos, los autores expresan dos actitudes metodológicas distintas pero complementarias. La primera actitud podría formularse así: nos hacemos términos teóricos para asegurarnos de permanecer fuera del objeto estudiado y garantizar la objetividad de los procedimientos formales.

² *L'Effort, textes choisis et présentés* par A. Drevet (París: F.U.F., 1966), p. 109.

³ Frank H. Knight, *The Ethics of Competition and Other Essays* (London: Bradford & Dickens, 1951), p. 120.

⁴ Herbert A. Simon, “Discussion”, *The American Political Science Review*, XLIV (June, 1950), p. 409.

La segunda actitud parece decirnos: nos ponemos en el lugar del objeto para poder entenderlo, y ello incluso en el caso de que el objeto sea una cosa inanimada. La primera actitud ejemplifica el predominio de un deseo de formalización; la segunda, el predominio de un "pathos" heurístico. El primer enfoque es positivo o analítico, en tanto que el segundo es dialéctico o sintético, en el sentido de búsqueda de unidad y generalidad. Como absolutización de dos principios epistemológicos complementarios se presentan como inadecuados, incluso como intelectualmente estériles: el positivo, por auto-eliminación del sujeto del conocimiento; el dialéctico, por su "prima facie" vaciedad tautológica. No obstante, hay una diferencia importante entre los dos. El enfoque dialéctico es, en análisis final, autojustificante, por su reconocido circularismo. El enfoque positivo, en cambio, es en análisis final contradictorio, puesto que la objetividad total a que aspira idealmente es imposible de obtener. Esta asimetría fundamental puede representarse esquemáticamente como una proposición de razón inversa, así: a mayor valor como instrumento de análisis de largo alcance menor valor como instrumento de análisis para problemas delimitados, y viceversa. El enfoque dialéctico o sintético es un intento de entender los problemas científicos desde subjetividad¹. No es muy fecundo a corto plazo pues el discurso tautológico por sí mismo es insuficiente para la solución de las incógnitas. Pero es autojustificante e inevitable a largo alcance, por el carácter último circular de todos los paradigmas. El enfoque positivo o analítico es un intento de enmarcar toda participación de sujetos en la forma de subjetividad². Es contradictorio y no puede mantenerse a largo plazo, pero es muy útil a corto alcance y para propósitos limitados. Es contradictorio a la larga porque nadie puede esperar conocer algo sin estar presente para conocerlo, como sujeto. Y es útil a la corta porque la inferencia lógica necesita hacer uso esencial aunque pasajero de inconsistencias. El mejor ejemplo de ese uso de inconsistencias es la reducción al

absurdo, pero es posible mostrar que la prueba directa también hace uso de contradicciones; por ejemplo, el silogismo hipotético

$$\begin{array}{c} p \vee q \\ \sim p \\ \hline q \end{array}$$

necesita formar la inconsistencia “ $p.\sim p$ ” dentro del primer miembro de la disyunción para poder separar el segundo miembro, o sea “ q ”.

La absolutización del enfoque dialéctico o sintético se asocia comunmente con el idealismo. La absolutización del enfoque objetivo o positivo se asocia con el positivismo. Pueden encontrarse muy diversos intentos de reconciliar estas dos tendencias. Recientemente el que esto escribe se ha ocupado con algún detenimiento del ensayo de conciliación presente en la obra de Talcott Parsons y que él califica como “realismo analítico”.⁵ Parsons presenta su sistema metodológico, contra el carácter unidimensional de la interpretación positivista de la realidad, como un enfoque multidimensional capaz de dar cuenta de la riqueza de lo concreto por “aproximación sucesiva”. Para él cada sistema científico “puede imaginarse como una zona iluminada envuelta por tinieblas. El nombre lógico de las tinieblas es, en general, ‘categorías residuales’. Su papel depende de la necesidad inherente a todo sistema de culminar en un todo lógicamente cerrado...”⁶ La meta de la ciencia, a la cual podemos aproximarnos sólo asintóticamente, es la eliminación de las categorías residuales. Pero, “por cada sistema habrá siempre con seguridad categorías residuales de uno o más otros sistemas...”⁷

Ahora bien, hay aquí una ambivalencia fundamental en

⁵ Talcott Parsons, *The Structure of Social Action* (New York and London: McGraw-Hill, 1937), pp. 730 y 757.

⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁷ *Ibid.*, pp. 18-19.

lo que debemos entender por “realismo analítico”. En particular, cuando Parsons dice que por cada sistema habrá siempre categorías residuales en algún otro sistema, no está claro si lo que quiere decir es que el otro sistema es complementario del primero o más bien inconsistente con él. ¿Es el realismo analítico una concepción epistemológica gödeliana o es nada más que una de tantas maneras de expresar el concepto optimista de que una ciencia universal, consistente y completa, es posible? Hay base suficiente para pensar que Parsons quiere decir lo segundo. El presente autor considera que la verdad corresponde más bien a lo primero. Aclaremos entonces la ambivalencia del realismo analítico tomando “categorías residuales” no como fichas representativas del campo de otra ciencia, sino más bien como fichas representativas del mismo carácter inexhaustible de la realidad en sí. A nuestro juicio, el enfoque parsonsiano no supera el positivismo, pues le presta más atención a las categorías “positivas” que a las “residuales”. Un enfoque verdaderamente multidimensional deberá conceder a las categorías residuales por lo menos tanta importancia como a las positivas. Las categorías residuales representan los supuestos no formales del pensamiento formal, o sea, el cimiento subjetivo sobre el cual se construye el edificio de la ciencia. Parsons acusa al positivismo de postular una clausura empírica del sistema científico, aparte y por añadidura a la necesaria clausura lógica del mismo. Pero una simple conjunción de paradigmas complementarios, por ejemplo el sistema de pensamiento económico y el sistema de pensamiento político, sería igualmente una clausura empírica en que ninguna incógnita quedaría sin despejar. “Multidimensionalidad” significaría entonces simplemente una conjunción de dimensiones, o sea, una sola, aunque compuesta, dimensión. Para asegurar una auténtica dimensión múltiple, una “apertura empírica” a pesar de la necesaria clausura lógica, tenemos que tomar las categorías residuales como signo y cifra de nuestra ignorancia como tal, no de nuestra ignorancia en relación con

otra ciencia o paradigma complementario. La complementaridad de paradigmas no debe darse a través de la conjunción, sino solamente a través de la disyunción: uno de ellos, por lo menos, debe ser verdadero en cada caso. La clausura lógica es indispensable porque toda teoría debe ser auto-justificante para que sea teoría en absoluto. Pero deberíamos decir, en una suerte de generalización filosófica de los hallazgos de Gödel, que ninguna teoría puede ser consistente excepto la que deja sitio para ulterior y continuo logro heurístico y para la consiguiente operación de paradigmas alternativos.

A propósito de la necesidad de estas categorías residuales se nos ocurre pensar que la ambigüedad es esencial en todo conocimiento que traba en la realidad. Si nos libramos completamente de ella terminamos por destruir todo conocimiento. Se dibujan con precisión y sin ambigüedad sólo aquellos argumentos que uno se prepara a refutar. Por el contrario, tanto más segura está una tesis cuanto más cualificada, hasta llegar al extremo morbosos del soporte predominantemente epistémico. La exposición más clara de una teoría será siempre la que emprende como trabajo preliminar el adversario de genio. Pero desafortunadamente es ésa la exposición que exhibe al desnudo las inconsistencias internas de la teoría. ¿Será por casualidad que el único argumento filosófico verdaderamente efectivo es la reducción al absurdo? ¿No será más bien porque toda teoría sostenible es coherente o consistente sólo hasta cierto punto, precisamente porque ninguna teoría puede ser a la vez consistente y completa?

Una reflexión nos sale en este momento al paso: ¿hábremos caído así en el relativismo? Se ha argumentado que el criterio de coherencia por sí mismo, independientemente del compromiso subjetivo de la creencia, no debe ser tomado como criterio de verdad, sino solamente como criterio de estabilidad de las creencias. La coherencia puede igualmente bien estabilizar una opinión errónea o una

creencia verdadera.⁸ No tenemos objeción contra quienes subrayan las supremas implicaciones de la subjetividad. No obstante, la observación que comentamos nos parece un caso de análisis insuficiente, que puede corregirse y completarse. Si tomamos seriamente las raíces no formales de todo conocimiento, tendremos que admitir que la imaginación humana es radicalmente limitada y exhaustible en sus poderes de creación; esto tendrá que reflejarse necesariamente en el conocimiento. Debemos reconocer por lo menos estas dos debilidades fundamentales, las cuales pueden paradójicamente resultar nuestra única fuerza contra el fantasma del relativismo: una es cuantitativa y la otra cualitativa. La primera debilidad va implícita en el agotamiento de los paradigmas (disponibles) para explicar los hechos; debemos contentarnos a veces con supuestos "necesarios porque únicos". La segunda es la limitación implícita en el agotamiento cualitativo de un paradigma dado, cuya capacidad para defenderse contra evidencia adversa por medio de maniobra teórica puede de hecho acabarse. Si la presencia de estas dos debilidades puede demostrarse, entonces lo que sería únicamente "criterio de estabilidad de creencia" puede más bien ofrecerse efectivamente como "criterio de verdad". En efecto, si el alcance de las creencias que uno puede sostener razonablemente es reducido de alguna manera, entonces una creencia sanamente estabilizada podría muy bien ser aceptada como la verdad (humanamente alcanzable) sobre la materia.

Es en efecto plausible que toda creencia sea circular y auto-justificante y que tienda a estabilizarse mediante mecanismos de defensa basados en la coherencia lógica. Pero la limitación de nuestros poderes imaginativos nos libra de descansar absolutamente en un puro compromiso subjetivo. La fuerza de integración de una explicación puede ser tan amplia, o tan próxima a nuestro ser, o tan íntimamente sugestiva para nuestro sentido estético o pragmático,

⁸ Michael Polanyi, *Personal Knowledge* (New York and Evanston: Harper & Row, 1964), p. 294.

que la posibilidad de encontrar un paradigma rival quede agotada para todos los efectos prácticos. Esta es la extenuación cuantitativa de los paradigmas, la cual apunta hacia el extremo racional del conocimiento, el polo ideal, la circularidad o auto-justificación de las teorías. Consiste en el hecho de que nuestra imaginación no es suficientemente grande como para conjurar del puro aire suficientes paradigmas entre los cuales escoger en todas circunstancias. Puede ser necesario aceptar el único paradigma que resultemos capaces de producir en determinadas condiciones. Esta configuración paradigmática que se fuerza sobre nosotros no es preciso que sea singular y omnicompreensiva; puede muy bien suceder que necesitemos dos marcos complementarios, como el económico y el político que mencionábamos arriba, o el relativístico-cuántico de las ciencias físicas. Lo importante es que no tengamos alternativa, por ejemplo que no esté disponible un paradigma relativístico para explicar *todos* los fenómenos físicos, o uno puramente económico para explicar *todos* los fenómenos sociales.

Este autor acepta la teoría coherencial de la verdad, por ejemplo la que está implícita en la posición epistemológica de W.V.O. Quine.⁹ Toda experiencia es sistemática, en el sentido de que la refutación de elementos particulares de un sistema de creencias por evidencia adversa puede ser absorbida por el paradigma mediante cambios en alguna parte del sistema. De esta manera, el sistema es capaz de mantener todavía el elemento o hipótesis "refutado". No obstante, no parece forzoso llegar al extremo de mantener que cualquier hipótesis puede ser salvada de la refutación con tal de que hagamos cambios sistemáticos suficientemente drásticos. Más bien la verdad parece ser que hay, paralelo al punto de agotamiento cuantitativo de los paradigmas, su punto de agotamiento cualitativo. Este sería el límite o punto muerto que el paradigma alcanza siempre que se encuentra en la situación de no poder salvar una hipótesis de falsificación empírica. El paradigma alcanza-

⁹ W.V.O. Quine, *Methods of Logic* (New York: Henry Holt, 1960), p. xii.

ría ese punto cuando el resto del sistema pierde su fluidez y llega a ser prácticamente inmodificable para el propósito de defender la hipótesis en cuestión. El cambio teórico para mantener la consistencia se fuerza a ser *aquí*, no allá o en aquel otro lugar. Alternativamente podríamos decir que la existencia de este punto de agotamiento cualitativo significa que ciertas interpretaciones de las apariencias de bajo nivel no pueden dejar de aparecer en ninguna de las diversas versiones del paradigma o distintas articulaciones del cuerpo teórico. Esas interpretaciones tienden, por así decirlo, a separarse del paradigma, pidiendo ser verificadas independientemente, según el ideal positivista, y no en contexto. He aquí también una limitación fundamental o debilidad de nuestra imaginación creadora: la imposibilidad en que nos encontramos de ignorar los datos normales de los sentidos o los resultados de las operaciones lógicas básicas.

Este análisis podría quizá continuarse llevándolo a un nuevo nivel. Podríamos muy bien decir que los dos puntos de agotamiento de los paradigmas científicos corresponden ellos mismos a dos paradigmas complementarios del campo de la metodología de la ciencia. Podríamos así considerar a los dos puntos de agotamiento como distintas dimensiones de nuestro conocimiento de la realidad. Uno de los paradigmas correspondería al *método heurístico*; el otro, al *método positivo*. Los dos paradigmas, complementarios en el sentido de la disyunción, no en el de la conjunción, serían dos vías alternativas hacia el dominio de la realidad. Los dos enfoques serían importantes y necesarios. Habría que usar los dos, especialmente por su tendencia a contrarrestar los posibles excesos de cada uno: el peligro de inflación verbal o especulación sin garantía, por un lado; el peligro de depresión intelectual, anulación del impulso heurístico, por el otro. Sería bueno que todos tratáramos de cultivar ambos enfoques simultáneamente ya que, como el economista político diría, aunque la inflación es siempre preferible a la depresión, debemos evitar ambas.

SUMMARY

Scientific paradigms are frameworks of interpretation which make the material of experience significant. In the final analysis they depend on the subjectivity of the scientist, on his creative imagination. We shall not attempt to prove these propositions, but rather take them as premises and see if they throw light on some important epistemological problems. Two classes of subjectivity can be distinguished: subjectivity of the explanation, (subjectivity₁), and subjectivity of the object (subjectivity₂). Subjectivity₁ corresponds to the purposes of the investigator, his views, and so on. Subjectivity₂ corresponds to the fact that, in the social sciences, the object of study is people, who have purposes, beliefs, etc. As a result of subjectivity₂, words such as "purpose", "belief", etc. should figure in the language of the social scientist. One can say that these are theoretical terms, like the term "force", for example, in the physical sciences, since they are not direct descriptions of sense data. This consideration does not necessarily imply acceptance of physicalism: the identification of both "force" and "purpose" as theoretical terms allows one to consider both alternatively as a result of the presence of subjectivity₂. Such is the attitude of F. Knight when he considers that terms like "force" represent us within the object of physics: we can never eliminate consciousness from our idea of material things, since we put ourselves in its place to interpret its behaviour.

We can distinguish two general approaches to the problem of theoretical terms, in accordance with the above: understanding "purpose" as a kind of "force" (physicalism), or contrarily, to understand "force" as a kind of "purpose" (heuristic view). The first attitude seems to say: "We make theoretical terms for ourselves so that we can remain outside the object to be explained." The second attitude seems to say: "We put ourselves in the stead of the object so that we can understand." These two methods are not mutually exclusive, but complementary. The last is dialectic or synthetic —it seeks unity and generality; the first is positive and analytic —it seeks differences and objectivity. As an absolutization of two complementary principles, they would be inadequate and sterile. The dialectic, for tautological emptiness; the positive, for self-destruction of the person of the knower. There is a difference between the two: the dialectic attitude is in fact self-validating on account of its circularism; the positive is self-contradictory, since total objectivity is impossible to achieve. This

asymmetry can be presented in schematic form: (1) The dialectic approach, in which subjectivity₁ predominates over subjectivity₂, is self-validating at long range, but is not very fruitful at close range. (2) The positive approach is contradictory at long range, but very useful at close range for particular purposes. The first is unfruitful because nobody is interested in pronouncing tautologies upon immediate problems; this is unavoidable in the last analysis because all language is ultimately circular. The second is, in the end, self-contradictory, because nobody can expect to know anything without being there to know it; it is useful at limited range because every logical inference proceeds by making essential, even if transient, use of inconsistencies. This is clear in the case of indirect proof; though none the less so in that of direct proof. For example, the hypothetical syllogism, "pvq, $\sim p$, $\therefore q$ ", must form the inconsistency " $p \cdot \sim p$ " within the first member of the disjunction, to be able to separate the second member, that is, " q ".

The absolutization of the dialectic approach is commonly associated with idealism; the absolutization of the analytic approach, with positivism. Between the different attempts to reconcile these two tendencies, that of Talcott Parsons, with his "analytic realism", is numbered. For him, all knowledge is composed of *positive* categories and *residual* categories. These point out the necessity for logical closure of the system. Parsons tends to take the residual categories as representatives of the province of another complementary science, so that what would be residual in one science, is positive in another. For my part, I wish to take the residual categories as an expression of the inexhaustible character of reality, or as a representation of the subjective foundation of all formalized thought. In order to assure "empirical openness" in the system, despite its "logical closure", we must take the residual categories not as tokens of our relative ignorance (within the system and in relation to the other paradigm), but of our ignorance as such, ultimately unclarifiable. Logical closure is indispensable because every theory must be self-validating. Empirical openness is indispensable because no theory can be consistent if it does not leave room for continual heuristic advance, and for the operation of alternative paradigms which help it to capture the multiple dimensions of reality. Ambiguity is essential to all knowledge bearing on reality. If one tries to get rid of it entirely, one finishes by destroying all knowledge. One draws precisely and without ambiguity the argument one wants to refute. The clearest exposition of a theory is the one elaborated by its enemies. Why should it be that, after all, the only powerful and completely effective philosophical

argument is the *reductio ad absurdum*? Would it not be because every tenable theory is coherent *up to a point*, but cannot be *consistent* and *complete* as well.

It has been argued that coherence cannot be taken as a sufficient criterion for truth, since it can stabilize an erroneous belief. I think that this is an example of incomplete analysis. If we seriously take into account that knowledge has subjective roots, we have to admit that the human imagination is radically limited and that its powers are exhaustible. We have to recognize two classes of imaginative weakness —and these weaknesses will be paradoxically our defense against relativism. The first we shall call the quantitative depletion of (available) paradigms. This forces us to content ourselves with the paradigms that we have, which become “necessary”. The second is the qualitative depletion of a given paradigm, whose capability to defend itself by theoretical manoeuvres against adverse evidence may become exhausted. If the range of the beliefs which can reasonably be maintained is reduced by these two “weaknesses”, then what would be a criterion of stability of belief can effectively be considered as a criterion of truth. Thus the necessity of *a priori* propositions is seen not as a product of an intuitive faculty of the human mind, but rather as an incapacity of the mind to imagine worlds in which these propositions would not be valid. The coherence of an explanation can be so wide in scope, and proximate in character, or so intimately appealing to our aesthetic or pragmatic sense, that the possibility of furnishing a rival paradigm is exhausted for all discernible effects. This quantitative depletion of paradigms points to the rational end of knowledge, to the circularity or self-validation of all theory. On the other hand, this does not force us to accept that any theory can be maintained before any contrary evidence, provided that we make theoretical changes in some part of the system. For there is also the qualitative exhaustion of the paradigms. A paradigm reaches this point whenever it is prevented from defending itself against falsification, since the rest of the system loses fluidity and becomes practically unmodifiable. So the change has to be made here and nowhere else. Certain interpretations of a low hypothetical level cannot be discarded, whatever may be the paradigm we have decided to maintain; consistency cannot therefore be assured in all cases. Here is the positive or empirical end of knowledge, the requisite of verification independent of hypothesis; it is based on the impossibility, in which we find ourselves, of thinking away the normal data of our senses and the results of the basic logical operations.

The analysis can still be taken a step further by interpreting

the two depletion points of scientific paradigms as themselves being complementary paradigms, in the field of methodology. *Heuristic method*, on the one hand, and *empirical method* on the other. The two alternative approaches will be necessary and important. Both should be used, specially because they counteract the excesses of each other: danger of verbal inflation or unwarranted speculation, on the one hand; danger of intellectual depression, annulment of heuristic momentum, on the other. We should cultivate both approaches simultaneously since, even if "inflation is preferable to depression" (as the political economist will say), one ought not to have either.

(Translation by Max Lambert)